EL SERVICIO AL ALTAR DE LAS MUJERES A TENOR DEL C. 230 § 2

TOMÁS RINCÓN-PÉREZ

SUMARIO

I • LA RESPUESTA AUTÉNTICA. II • CONTEXTO LEGAL INMEDIATO. III • REFERENCIA A LOS LLAMADOS MINISTERIOS LAICALES

I. LA RESPUESTA AUTÉNTICA

A instancias de diversos episcopados, especialmente del área anglosajona, la Congregación para el Culto Divino elevó al Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos la siguiente cuestión: «si entre las funciones litúrgicas que pueden desempeñar los laicos, varones o mujeres, a tenor del c. 230 § 2 del Código de Derecho Canónico, puede enumerarse también el servicio al altar».

La respuesta, que el Papa confirma y manda publicar el 11 de julio de 1992, tiene este tenor: «Affirmative et iuxta instrucciones a Sede Apostolica dandas».

Como quiera que esta respuesta afirmativa pendía para su entrada en vigor de que se dieran antes esas instrucciones, no se hizo pública en *Acta Apostolicae Sedis*¹ hasta tanto la Congregación para el Culto divino y Disciplina de los sacramentos no dicta esas instrucciones y las remite en carta circular a todos los presidentes de las Conferencias episcopales; hecho que tiene lugar el 15 de marzo de 1994².

En la promulgación de la interpretación auténtica del c. 230 § 2 confirmada por el Papa y firmada por el Presidente y secretario del Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislati-

1. AAS, 86 (1994), pp. 541-542.

2. Vid. la carta íntegra en «Notitiae», 1994, pp. 333-335.

vos, van anejas las instrucciones emanadas de la Congregación mencionada, y que tienen este tenor:

«1. El c. 230 § 2 tiene carácter permisivo y no preceptivo: 'los laicos... pueden'. Por eso, la licencia dada a este propósito por algunos obispos de ningún modo puede ser invocada como obligatoria para los otros obispos. Compete a cada obispo en su diócesis, oído el parecer de la Conferencia episcopal, dar un juicio ponderado y disponer lo que hay que hacer para un ordenado desarrollo de la vida litúrgica en la propia diócesis».

«2. La Santa Sede tiene en cuenta lo que, atendidas especiales circunstancias locales, establecieron algunos obispos a la vista del c. 230 § 2, pero Ella misma recuerda a la vez que siempre será muy oportuno seguir la noble tradición del servicio al altar por parte de muchachos. Es bien conocido que esto ha favorecido también el aumento de las vocaciones sacerdotales. Por tanto, siempre existirá la obligación de continuar sosteniendo estos grupos de monaguillos.

»3. Si en alguna diócesis, teniendo en cuenta el c. 230 § 2, el obispo estima que, por razones particulares, puede permitirse también a las mujeres el servicio al altar, esto habrá de ser explicado convenientemente a los fieles a la luz del citado canon, manifestando de igual modo que las mujeres frecuentemente desempeñan ya el servicio de lector en la liturgia y que incluso pueden distribuir la Sagrada comunión como ministros extraordinarios de la Eucaristía, y ejercer otras funciones, como prevé el mismo c. 230 en el § 3.

»4. Debe quedar claro, además, que los mencionados servicios litúrgicos son realizados 'por encargo temporal' a juicio del obispo, no existiendo ningún derecho de los laicos a desempeñarlos, sean éstos varones o mujeres».

Para comprender mejor el alcance de la norma interpretada auténticamente, parece muy conveniente tener a la vista el contexto legal en que se produce la intervención de la Santa Sede, así como el más general contexto eclesial acerca de los llamados ministerios laicales que se origina con el *Ministeria Quaedam* de 1972, se ratifica en el CIC de 1983 y se replantea en el Sínodo de Obispos de 1987, según testimonia la Exh. A. *Christifideles laici* del Papa Juan Pablo II.

II. CONTEXTO LEGAL INMEDIATO

Si nos atenemos a la literalidad del c. 230 en sus tres párrafos, la doctrina no ha encontrado dificultad alguna para situar la exigencia de ser *varón* laico sólo en el supuesto de los ministerios *estables* de lector y acólito del § 1, mientras que para los restantes encargos o ministerios propios o de suplencia, son hábiles los laicos incluyendo indistintamente varones y mujeres. De hecho, la mujer ejerce con frecuencia la función de lector, y la función de suplencia de ministro extraordinario de la comunión.

La duda surge a la hora de interpretar el alcance de la expresión *aliisve (muneribus)* del § 2 del c. 230: ¿se incluye el servicio al altar entre esas otras funciones que pueden ejercer indistintamente el varón y la mujer? En las funciones antes mencionadas, en especial las que se ejercitan en régimen de suplencia, como la administración de la comunión, los problemas canónicos no se han originado en el hecho de que sea mujer o varón quien las ejercita, sino en que se produzca, como señalará el Papa³ «un fácil y abusivo recurso a presuntas *situaciones de emergencia* o de *necesaria suplencia* allí donde no se dan objetivamente o donde es posible remediarlo con una programación pastoral más racional»

¿Por qué, entonces, surge la duda sobre si el servicio al altar puede encomendarse también a la mujer? La razón está en la pervivencia de algunas normas que conforman la gran reforma litúrgica operada después del Concilio Vaticano II.

Entre ellas, conviene tener en cuenta las siguientes:

En la Ordenación general del Misal Romano, n. 70 se establece este criterio:

«*Omnia ministeria infra ea quae propria sunt subdiaconi etiam a viris laicis exerceri possunt. Ministeria quae extra presbyterium peraguntur etiam mulieribus committi possunt, iuxta prudens iudicium rectoris Ecclesiae.*»

El documento es anterior a la reforma llevada a cabo por el *Ministeria Quaedam* de 1972; por eso, aparece aún la figura del sub-

3. Exh. Ap. *Christifideles Laici*, n. 23.

diácono. En todo caso, el criterio ahí expresado es que se pueden encomendar a las mujeres aquellos ministerios que se ejercen *extra presbyterium*, siguiendo el juicio prudente del rector de la Iglesia.

La Instr. *Liturgicae Instaurationes*, n. 7, de la S. C. para el Culto divino, de 5.IX.1970⁴ es todavía más explícita al respecto: «Iuxta liturgicas normas in Ecclesia traditas, vetantur mulieres (puellae, nuptae, religiosae) ne in ecclesiis quidem, domibus, conventibus, colegiis, institutis mulieribus, ad altare sacerdoti inservire».

Diez años más tarde, bajo el Pontificado ya de Juan Pablo II, la misma Congregación el 31.IV.1980 publica una nueva Instrucción, la *Inaestimabile Donum*⁵ en donde se reitera la prohibición anterior en estos términos:

«n. 18. Quemadmodum notum est, variae sunt partes, quas mulier in coetu liturgico potest implere: cuius generis sunt lectio Verbi Dei et pronuntiatio intentionum orationis universalis. Non tamen mulieribus licet munera obire acolythi seu ad altare ministrantis».

Todas estas normas reiteradas en los Pontificados de Pablo VI y de Juan Pablo II, la última muy próxima a la promulgación del Código, ¿perdieron vigencia o fueron derogadas por el c. 230 § 2? Esta era la cuestión que quedaba en el aire, y a la que trata de dar respuesta la interpretación auténtica que comentamos; necesaria por lo demás, a la vista de la praxis «ambigua y ambivalente»⁶ que se ha vivido en la Iglesia en los últimos años, con el consiguiente desconcierto del pueblo cristiano que veía cómo en unas parroquias el servicio al altar por parte de las mujeres había desplazado al de los varones, mientras que en otras comunidades les estaba prohibido de forma absoluta.

A la luz de la interpretación auténtica, ya no hay ninguna duda canónica sobre el alcance del *aliis muneribus* del c. 230 § 2: el servicio al altar es una más de las funciones que pueden ejercitar los laicos, sean varones o mujeres. En consecuencia, quedan derogadas, sin vigencia canónica, las antiguas prohibiciones antes mencionadas.

4. AAS, 62 (1970), p. 700.

5. AAS, 72 (1980), p. 338.

6. Cfr. FRANZ-WILHELM THIELE, *Servizio delle donne all'altare* en «Notitiae», 1994, pp. 351-354.

Al filo de esta afirmación cabría preguntarse si, desde un punto de vista técnico o formal, dicha interpretación tiene un valor meramente declarativo, o tal vez explicativo en el sentido de iluminar aquellos términos que en la ley aparecían oscuros, o bien se trata de la interpretación llamada *extensiva* por la doctrina, en el sentido de que el intérprete autorizado extiende a casos no previstos el contenido de la norma interpretada⁷, confiriendo a la interpretación el carácter de una nueva ley. En el primer caso, las antiguas normas estaban ya derogadas: lo que hace la interpretación es aclararlo definitivamente. En el caso de que se tratara de una interpretación *extensiva*, con carácter de nueva ley, las anteriores normas habían estado vigentes hasta tanto no han sido derogadas por el imperio de la interpretación auténtica con fuerza de ley. Estas serían algunas de las consecuencias a las que avocaría, de configurarse la interpretación en uno u otro sentido. En todo caso, conviene advertir que la fórmula con la que es aprobada esta respuesta por el Romano Pontífice difiere notablemente de las anteriores que realiza la Comisión Pontificia para la interpretación del CIC de 1983. La fórmula habitual es la siguiente: «Summus Pontifex (...) de supradicta decisione certior factus, eam publicari iussit»⁸. En cambio, la fórmula en la respuesta que comentamos tiene este tenor: «Summus Pontifex (...) de supradicta decisione certior factus, eam confirmavit et promulgari iussit». Tal vez esto sea un indicio de que estamos ante una interpretación extensiva, y para mayor seguridad jurídica, el Papa da una aprobación específica al tiempo que manda no sólo su publicación sino su promulgación. La doctrina⁹ ya se había referido a esta aprobación es-

7. Cfr. J. OTADUY, *Naturaleza y función de la Comisión Pontificia para la interpretación del CIC*, en «Ius Canonicum», XXIV, n. 48 (1984), pp. 749-767.

8. Vid., por ejemplo, la respuesta auténtica de 20.VI.1987 en AAS, LXXX, 1988, p. 1818, o también en «Ius Canonicum», XXXI, n. 61, 1991, p. 211.

9. Cfr. R. J. CASTILLO LARA, *De iuris canonici authentica interpretatione in actuositae Pontificiae Commissionis adimplenda*, en «Communicationes» 20 (1988), p. 281, en donde el autor señala que «la comisión intérprete del CIC 83 —y ahora Pontificio Consejo— no es favorable a dar una interpretación extensiva propiamente dicha es decir, las que en la práctica inducen una nueva ley. Por eso, si se presenta la necesidad de una interpretación de este tipo se pide al Romano Pontífice una aprobación específica». Cfr. también, J. HERRANZ, *El Pontificio Consejo para la interpretación de los textos legislativos*, «Ius Canonicum», XXX, n. 59 (1990), pp. 115-132.

pecífica, siempre que se tratara de interpretaciones *extensivas*, es decir, las que en la práctica inducen una nueva ley.

Pero desde un punto de vista práctico la cuestión así planteada no tiene excesivo interés: lo importante es saber que hoy el servicio al altar está permitido a las mujeres. Mayor interés práctico tienen, en cambio, las instrucciones que dicta, por mandato del Papa, la Congregación para el Culto divino y disciplina de los Sacramentos. No hay que perder de vista que la respuesta afirmativa del Pontificio Consejo a la duda concreta que se le plantea, está supeditada a que ulteriormente la praxis que de ella se ha de derivar, se realice de acuerdo con las mencionadas instrucciones publicadas como un anexo de la respuesta auténtica. Esto último no menoscaba, canónicamente, la claridad de la respuesta, ni pone sordina a su eficacia normativa. Las instrucciones parten de este presupuesto ya aclarado: a las mujeres les está permitido el servicio al altar. Lo que a partir de aquí, pretende la Santa Sede es por un lado, que la norma no se salga de sus propios cauces, y, por otro, que desde un punto de vista pastoral, se explique convenientemente a los fieles la nueva disciplina así como los motivos de fondo que la inspiran, con el fin de que no produzca confusión en quienes han vivido siempre una praxis distinta.

Pero veamos con más detalle el contenido de estas instrucciones que hemos transcrito literalmente más arriba.

La primera anotación no tiene como fin interpretar auténticamente sino tan sólo explicar el alcance general del § 2 del c. 230, aplicable por tanto a cualquiera de las funciones —no sólo la del servicio al altar— que pueden ejercer los laicos, varones o mujeres. En este sentido, es claro que la norma legal establece una posibilidad universal para que los laicos —varones y mujeres— ejerzan funciones varias en las ceremonias litúrgicas, pero, atendiendo a situaciones pastorales diversas, habrá de ser la legislación particular, en especial la diocesana, la que disponga una praxis diversificada. De todos modos, aunque compete a cada obispo disponer lo más prudente y oportuno al respecto, la Congregación parece ser consciente de que una praxis diversificada en diócesis en donde las situaciones pastorales apenas difieren, no sería muy aconsejable. Tal vez por eso la instrucción primera apela al parecer de la Conferencia episcopal, como

un criterio previo que el legislador diocesano deberá tener en cuenta a fin de contribuir a un ordenado desarrollo de la vida litúrgica en la propia diócesis.

La Conferencia episcopal tiene competencia expresa (c. 230 § 1) para determinar las condiciones que han de reunir los varones laicos para ser llamados a los ministerios estables de lector y acólito. Pero, legalmente, ni el § 2 del c. 230, ni tampoco el c. 838 § 1 y 4, atribuyen competencias a la Conferencia episcopal para dictar normas sobre sagrada liturgia. Esto significa que la apelación a que cada obispo oiga el parecer de la Conferencia episcopal en la materia que nos ocupa, no tiene carácter vinculante, sino que tan sólo es una norma de prudencia pastoral que deberá guiar la toma de decisión del obispo. De hecho, las instrucciones que comentamos fueron enviadas, en carta circular, a los presidentes de las Conferencias episcopales, tal vez para que desde esas instancias se unificaran criterios sobre la materia.

La anotación cuarta, al igual que la primera, tiene como es obvio a la vista el servicio al altar de las mujeres, objeto de la interpretación auténtica, pero es aplicable a todo el contenido normativo del § 2 del c. 230. Y advierte en este sentido dos cosas:

a. La permisión de realizar funciones litúrgicas a los laicos —varones o mujeres— propiciada genéricamente por la mencionada norma, no es efectiva hasta tanto no haya una *deputatio temporanea*. Se trata de un encargo que la autoridad realiza, y no de una iniciativa espontánea del propio fiel. Se trata además de un encargo *temporal*, distinto de los ministerios estables a que se refiere el § 1 del c. 230. En todo caso, la nota de la Congregación apostilla que dicho encargo se hace a juicio del Obispo. Esta referencia al juicio del Obispo no viene establecida en la norma codicial. No parece por ello que al Obispo le corresponda juzgar cada caso de encargo temporal de los laicos para realizar funciones litúrgicas. Al obispo le corresponde juzgar y dar normas generales al respecto, siendo después los responsables de cada iglesia quienes tendrán la competencia para encargar a determinados fieles laicos el ejercicio de esas funciones, de acuerdo con las normas diocesanas. Estas podrían incluir la exigencia de que sea el propio obispo el que juzgue, determine y solemnice, por modos diversos, el encargo personal y temporal que se confiere

a algunos fieles, sobre todo cuando se trata de funciones de suplencia, como ejercer el encargo de ministro extraordinario de la comunión, o cuando se trate de encargos que, sin dejar de ser temporales, y sin confundirlos por tanto, con los ministerios estables de *lector* y *acólito*, se confieren con un cierto grado de estabilidad para un tiempo determinado.

b. De todo esto se deduce, y la Congregación advierte este extremo, que los mencionados encargos temporales no son exigibles como derecho sino que se otorgan discrecionalmente por la autoridad correspondiente, sin menoscabo de que respondan a una habilitación originada por el bautismo. En este sentido, no es impropio decir que los fieles tienen derecho a una participación activa en las celebraciones litúrgicas como modo propio de ejercer su sacerdocio común. Así lo estableció la Const. Ap. *Sacrosanctum Concilium*, 14; y no alcanzo a ver la razón por la que ese derecho no pasó a integrar el estatuto fundamental del fiel. Tal vez un motivo fue la especial dificultad para determinar su contenido; o tal vez para que no se confundiera la participación activa en la liturgia a la que todo fiel tiene derecho, con la participación activa mediante el ejercicio de ministerios o servicios laicales de carácter litúrgico, a la que no se tiene derecho, ni, por otra parte, constituye el modo más pleno o más específico —y menos casi único como a veces se sugiere— de participar el fiel laico en la función santificadora de la Iglesia¹⁰. Sólo a esto último se refiere la Congregación cuando advierte que el laico, sea varón o mujer, no tiene derecho a ejercer esas funciones litúrgicas, incluido el servicio al altar.

La segunda nota aborda ya *in recto* la cuestión que ha motivado la interpretación auténtica del c. 230 § 2; esto es, el servicio al altar de las mujeres. A la vista del contenido afirmativo de esa respuesta ratificada por el Papa, nada puede objetarse a lo que, atendidas especiales circunstancias locales, hayan podido establecer —o establezcan en el futuro— algunos obispos. Pero la Santa Sede se siente también en el deber de recordar la oportunidad de seguir conservan-

10. Cfr. T. RINCÓN-PÉREZ, *La justicia pastoral en el ejercicio de la función santificadora de la Iglesia*, en «Derecho canónico a los diez años de la Promulgación del Código», Salamanca 1993, pp. 92-95.

do la multiseular tradición del servicio al altar por parte de muchachos. Tal vez la Santa Sede sabe —lo ha constatado ya— o intuye que por la ley del péndulo o por la ley de la novedad, lo que antes era una función exclusiva de los muchachos, se convierta ahora en una función exclusiva de las muchachas. Esto, al margen de otras consideraciones canónicas, vendría en detrimento de las vocaciones sacerdotales, como pone de manifiesto una experiencia de siglos; razón por la cual, recuerda la Santa Sede, «siempre existirá la obligación de continuar sosteniendo estos grupos de monaguillos».

La tercera advertencia insta a los obispos, que a tenor del c. 230 § 2, permitan a las mujeres el servicio al altar, que ilustren a sus fieles sobre el alcance y razones de la nueva disciplina, al tiempo que les muestran cómo las mujeres han venido ejerciendo con frecuencia el servicio de lector, incluso que pueden distribuir la Sagrada comunión en circunstancias especiales, como ministras extraordinarias de la Eucaristía, y ejercer otros muchos servicios según lo establecido en el § 3 del c. 230. Se trata, en definitiva, de explicar a los fieles, que «la presencia y el papel de la mujer en la vida y en la misión de la Iglesia, si bien no están ligados al sacerdocio ministerial, son, no obstante, totalmente necesarios e insustituibles»¹¹, llevando a la conciencia de todos, hombres y mujeres, que la gran dignidad en la Iglesia no pasa por ser o no ministros, pues «los más grandes en el reino de los cielos no son los ministros, sino los santos»¹².

III. REFERENCIA A LOS LLAMADOS MINISTERIOS LAICALES

El servicio al altar de las mujeres, propiciado por la respuesta auténtica que comentamos, es una cuestión que no se identifica necesariamente con los problemas que se plantean a propósito de los llamados ministerios laicales, pero se inserta en su contexto general, lo que nos invita a hacer esta breve y última reflexión.

11. Carta Ap. *Ordinatio Sacerdotalis* (22.V.1994).

12. *Ibidem*, cita de la Declaración *Inter insigniores* de 15.X.1976 (AAS 69 (1977), pp. 98-116).

Como es bien conocido también, recogiendo una tradición milenaria, el CIC 17 consideraba clérigos a efectos canónicos, no sólo a los ministros sagrados, es decir, a quienes habían recibido el sacramento del orden, sino a todos aquellos fieles que había recibido la primera tonsura, las llamadas órdenes menores, entre ellas, las de lector y acólito, y el orden mayor del subdiaconado.

Es bien sabido que el Concilio Vaticano II no introduce innovación alguna en este sentido, pero sus orientaciones doctrinales van en dirección a los cambios que iban a producirse en años sucesivos. En efecto, el 15.VIII.1972, el Papa Pablo VI promulga el m. p. *Ministeria quaedam*, cuya principal innovación consistió precisamente, en restringir la noción de clérigo, identificándola con la de ministro sagrado, al tiempo que, como consecuencia, se desclericalizan algunos ministerios eclesiales confiándose su ejercicio a los laicos. Esto debería implicar, en principio, que por laico se entiende al no ordenado, sea varón o mujer.

La reforma llevada a cabo por Pablo VI en el sentido indicado, se incorpora definitivamente al CIC 83. El c. 230 es el mejor exponente de esta reforma. Pero conviene tener en cuenta los distintos supuestos que contempla la norma codicial. El primer supuesto es el de los ministerios *estables* de lector y acólito que sólo pueden ser conferidos a los *varones* laicos. De algún modo, esto supone una limitación del principio general sentado en el c. 228 § 1, según el cual los laicos que sean considerados idóneos, *sunt habiles*, tienen capacidad de ser llamados por los Sagrados Pastores para aquellos oficios eclesiásticos y encargos que pueden cumplir según las prescripciones del derecho. El límite, *iure divino*, de esa capacidad lo constituyen las funciones o ministerios que exigen el sacramento del orden, directa o indirectamente.

La exigencia de ser varón, o de otro modo, la *inhabilidad* de la mujer para ser llamada a los ministerios *estables* de lector y acólito, tal y como establece el c. 230 § 1, no parece que entre dentro de la cláusula del c. 228 § 1 «los laicos que sean considerados idóneos»; no es problema de idoneidad, sino de capacidad canónica decretada por el legislador eclesiástico, tal vez por la mutua implicación entre los ministerios estables y los conferidos como requisito previo para la recepción del sacramento del orden (cc. 1035 y 1050), y habida

cuenta de la exigencia esencial de ser *varón* para recibir ese sacramento (vid. c. 1024).

Junto a estos ministerios instituidos de los que se excluye a las mujeres, el c. 230 contempla otros «ministerios» o servicios algunos de los cuales, los del § 2, se fundan en la condición bautismal, son propios de todos los fieles sin discriminación por razón de sexo si bien su ejercicio, en este caso temporal, requiere la intervención de la autoridad eclesiástica para el buen orden de las acciones litúrgicas, como pusimos de relieve más arriba. Otros, en cambio, son en gran medida —en términos generales— funciones que pueden ejercer los laicos —varones y mujeres— pero en régimen de suplencia. Son en realidad propios de los ministros sagrados por su relación íntima, aunque no esencial, con el orden sagrado, por lo que sólo pueden ser ejercidos por los laicos cuando lo aconseje la necesidad de la Iglesia y no haya ministros.

Esta disciplina, que se inicia con el *Ministeria Quaedam* de 1972, y se consolida en el CIC de 1983, fue debatida, como es sabido, en el Sínodo de obispos de 1987 que expresó su vivo deseo de que el M. pr. *Ministeria Quaedam* «sea sometido a revisión, habida cuenta del uso de las Iglesias locales, indicando sobre todo los criterios según los cuales deben ser elegidos los destinatarios de cada ministerio» (Prop. 18). El Papa, en la Exh. Ap. *Christifideles Laici* se hace eco de los problemas que habían estado latentes en el Sínodo episcopal, en estos términos: «En la misma Asamblea sinodal no han faltado, sin embargo, junto a los positivos, otros juicios críticos sobre el uso indiscriminado del término *ministerio*, la confusión y tal vez la igualación entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial, la escasa observancia de ciertas leyes y normas eclesiásticas, la interpretación arbitraria del concepto de suplencia, la tendencia a la clericalización de los fieles laicos y el riesgo de crear de hecho una estructura eclesial de servicio paralela a la fundada en el sacramento del orden» (n. 23). Por todo ello, no es extraño que el Papa acoja la propuesta del Sínodo de revisar el *Ministeria Quaedam*: «A tal fin ha sido constituida expresamente una Comisión, no sólo para responder a ese deseo manifestado por los Padres sinodales, sino también, y sobre todo, para estudiar en profundidad los diversos problemas teológicos, litúrgicos, jurídicos y pastorales surgidos a partir del

gran florecimiento actual de los ministerios confiados a los fieles laicos» (*Christifideles Laici*, 23)». Es del todo necesario, añade más adelante, pasar del reconocimiento teórico de la presencia activa y responsable de la mujer en la Iglesia a la realización práctica» (*Ibidem*, 51).

Como ya pusimos de relieve en otro lugar¹³, junto con el problema sobre una posible discriminación de la mujer al menos para el ejercicio de ministerios estables¹⁴, la imprecisión terminológica del término *ministerio* así como su uso indiscriminado o su aplicación extensiva a cualquier función que se encomiende al laico, constituyen uno de los temas que la mencionada Comisión está llamada a dilucidar y a poner en claro. De lo contrario, existe el riesgo de que pierda vigor la ministerialidad propia del orden sagrado, y el concepto mismo de ministro sagrado, equivalente hoy al de clérigo, al menos en la disciplina de la Iglesia latina¹⁵.

A este respecto, no está de más que nos hagamos eco de algunas ideas expresadas recientemente por el Papa Juan Pablo II, en una *Alocución* al Simposio de la C. para el Clero que versó sobre «La participación de los fieles laicos en el ministerio presbiteral» (22.IV.1994). Y es oportuno que nos hagamos eco de ellas, primero porque son un reflejo del contexto eclesial al que nos estamos refiriendo, en el cual se inserta el tema concreto del servicio al altar por parte de las mujeres. Pero, además, porque de esas reflexiones brotan consecuencias que, según el Romano Pontífice, deberán encontrar expresión en la revisión del M. Pr. *Ministeria Quaedam* de acuerdo con lo que solicitaron los Padres sinodales en 1987. De donde se deduce que aquella Comisión, de la que dio noticia la Exh. Ap. *Christifideles Laici* continúa sus trabajos en orden a clarificar desde múltiples ángulos la cuestión de los llamados ministerios laicales.

Comienza el Papa su *Alocución*, reconociendo el principio de igualdad fundado en la común dignidad cristiana (LG, 32, c. 208) y

13. Cfr. T. RINCÓN-PÉREZ, *La participación de los fieles laicos en la función santificadora de la Iglesia*, en «Ius Canonicum», XXIX, n. 58 (1989), pp. 646-650.

14. Cfr. G. DALLA TORRE, *La collaborazione dei laici alle funzioni sacerdotale, profetica e regale dei ministri sacri*, en «Monitor Ecclesiasticus» 1984, pp. 151-156.

15. En el Código de las Iglesias Orientales (c. 327) se admite que a tenor del derecho particular de la Iglesia *sui iuris* «también otros ministros constituidos en un orden menor y generalmente llamados clérigos menores, son admitidos o instituidos al servicio del Pueblo de Dios y para ejercer funciones de la sagrada liturgia».

el consiguiente valor que posee todo oficio, todo don y toda tarea eclesial. Pero advierte a la vez sobre el riesgo del democraticismo inaplicable a la Iglesia, remitiéndose expresamente al n. 17 del Directorio para el Ministerio y vida de los presbíteros¹⁶.

Seguidamente, el Papa reitera una advertencia que recogió ya el Documento preparatorio del Sínodo sobre los laicos (*Lineamenta*, 9). No podemos hacer que crezca la comunión y la unidad de la Iglesia, ni *clericalizando* a los fieles laicos ni *laicizando* a los presbíteros. Por consiguiente, será rechazable cualquier experiencia de participación que implique «una incomprensión teórica o práctica de las diversidades irreductibles queridas por el mismo Cristo...».

Esta hipotética incomprensión teórica o práctica de la diversidad de vocaciones y estados de vida, de ministerios, de carismas y de responsabilidades en la misión de la Iglesia, hacen ver al Papa la necesidad de reflexionar atentamente y prioritariamente sobre el término *ministerio* y sobre las diversas acepciones que puede tener en el lenguaje teológico y canónico. En efecto, desde hace tiempo prevalece la costumbre de llamar *ministerios* no sólo a los *officia* o *munera* que ejercen los Pastores, esto es, los fieles ordenados, sino cualquier otro fiel laico. Esta cuestión del *léxico*, añade el Papa, resulta aun más compleja y delicada cuando se trata de tareas *de suplencia*, es decir de aquellas funciones que, siendo propias de los clérigos, pueden ejercer los laicos en casos especiales. Igual acontece con los términos *Pastor* o actividad *pastoral*: «La forma de pastor es una e indivisible y ningún otro miembro de la grey la puede sustituir: los servicios y los ministerios que ejercen los fieles laicos, por consiguiente, nunca son propiamente *pastorales*, ni siquiera cuando suplen ciertas acciones o ciertas preocupaciones del Pastor»¹⁷.

Constatada esta realidad, es decir, el uso frecuente e indiscriminado del término *ministerio*, el Romano Pontífice no niega que en algunos casos y en cierta medida, sea permisible la extensión del término a los *munera* de los fieles laicos en cuanto que son participación

16. Vid. la versión castellana de la Alocución Pontificia en la Revista «Palabra», DP-50, Junio 1994.

17. El Papa se remite al n. 19 del *Directorio* para el ministerio y la vida de los Presbíteros.

en el único sacerdocio de Cristo. «En cambio, cuando el término se diferencia en la relación y en la confrontación entre los diversos *munera* y *officia*, es preciso advertir con claridad que sólo en virtud de la Sagrada ordenación obtiene (la voz *ministerio*) la *plenitud* y *univocidad* de significado que la tradición le ha atribuido siempre».

En todo caso, concluye el Papa, «precisar y purificar el lenguaje se convierte en urgencia pastoral porque detrás de él pueden esconderse asechanzas mucho más peligrosas de lo que se cree. Del lenguaje corriente a la conceptualización el paso es breve».

El Papa no se refiere en ningún momento de la Alocución a los ministerios, en cuanto que ejercidos por mujeres. Le interesa resaltar la necesidad de clarificar los términos y consiguientemente los conceptos. Pero ello no significa que este deseo de clarificación conceptual no tenga efectos en la plena integración de la mujer en todas aquellas tareas o servicios encomendados a los laicos, incluso de forma estable. Hoy no es posible a tenor del c. 230 § 1. Pero tal vez lo pueda ser en el futuro, cuando se entiendan, sin confusión alguna, estas dos ideas que también resalta el Papa: a. que toda función eclesial de los laicos se arraiga ontológicamente en su participación común en el sacerdocio de Cristo y no en una participación ontológica en el ministerio ordenado propio de los Pastores; b. que, en consecuencia, «los laicos deben saberlas (las tareas) arraigar existencialmente en su sacerdocio bautismal y no en otra realidad».

Cuando se refiere a los laicos no distingue el Papa entre varones y mujeres; donde pone el acento es en la necesidad de romper el nexos equívoco entre las funciones que se fundan en el bautismo, en el sacerdocio común y aquellas que se originan en el Sacramento del orden. Resuelto este equívoco, el papel de la mujer podrá ser también legalmente idéntico al del laico varón.